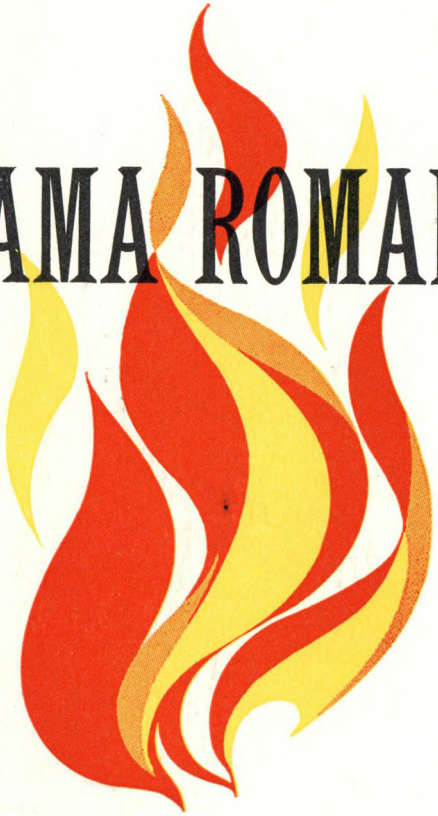
RAMON DE BASTERRA

LLAMA ROMANCE



PUBLICACIONES DE LA DIPUTACION DE VIZCAYA

LLAMA ROMANCE

RAMON DE BASTERRA

LLAMA ROMANCE

EDICION Y PROLOGO
DE
GUILLERMO DIAZ-PLAJA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BILBAO: 1971

IMPRENTA PROVINCIAL
DE VIZCAYA

Diputación, 7 - B I L B A O

Depósito legal: BI. 1.340-1971

PROLOGO

Quiere la fortuna —mi buena fortuna— que en el año 1970 mi vieja estimación por la figura y la obra de Ramón de Basterra, alcance una cima jubilar. En este año de gracia aparece bajo los tórculos del Instituto de Cultura Hispánica, la reedición de «Los Navíos de la Ilustración»; bajo los auspicios de la Dirección General de Relaciones Culturales, «Los Papeles inéditos» y, finalmente, bajo la noble protección de la Diputación Provincial de Vizcaya, esa joya lírica, también inédita, titulada «Llama Romance».

La primera de las ediciones devuelve a la curiosidad española un libro prácticamente desconocido. Publicado en Caracas en 1921, era una rareza bibliográfica de tal naturaleza, que urgía ponerla al alcance de las gentes españolas en la medida que éste es un libro clave para el entendimiento de nuestra historia; una interpretación admirable del papel del mundo que habla en castellano dentro del concierto universal, que no podía, de ningún modo, permanecer más tiempo en el olvido.

El segundo de los textos que ha tenido la fortuna de ver la luz este año, por la noble iniciativa del Ministerio de Asuntos Exteriores, es un conjunto de papeles inéditos de nuestro insigne escritor. Hojas dispersas, comentarios líricos, interpretaciones históricas, que yacían en mi archivo por préstamo generoso de la familia Basterra, desde aquellos años de mi mocedad, en que dediqué un libro entero a glosar la figura del gran bardo de Vizcaya. «La Poesía y el Pensamiento de Ramón de Basterra», Barcelona, Editorial Juventud, 1961. De entre esos papeles, he reservado para su edición exenta, esta gavilla de poemas titulados «Llama Romance», cuya edición agradezco en el alma a la Diputación de Vizcaya.

La poesía de Ramón de Basterra es una poesía de solidez coherente. Podría decirse que es un claro ejemplo de «buena memoria». En la obra literaria de Ramón no hay, en efecto, balbuceos de aprendiz, sino que nace armada de todas sus armas, como Minerva. Porque Basterra fue siempre un alma madura que no se movía por los impulsos de lo instintivo sino por el sistemático razonamiento de un pensamiento clásico.

Este pensamiento converge, como los arcos del Renacimiento en la redondez perfecta de las cúpulas, en este libro que el lector tiene en sus manos. Bien podría decirse que «Llama Romance» es la obra que cierra el ciclo de sus temas poéticos, como si su patética y prematura muerte le hubiese acuciado el alma en una premonitoria exigencia de testamento espiritual.

Todo Basterra está en estrofas. El esfuerzo tenacísimo por el que la cultura debe dominar a la natura, (o, como él decía, el monstruo de la rudeza); el sentimiento de la autoridad por el que propende a la estimación reverente «del báculo

que orienta y señorea»; el sentido reverencial de Roma, como cobertura universal del mundo del ecumene, al que se acoge conmovida su alma de vascuence; el sentido de la unidad católica y la conciencia de que España actúa de instrumento romano en el Continente de América; la lucha tenaz para superar los oscuros impulsos de la zona vulgar del espíritu.

Todo ello utilizado en su división militante como representante diplomático de la Majestad de Alfonso XIII, que él veía como símbolo culminante —y él no sabía que final— de la presencia borbónica, que inició con Felipe V lo que él llamaba la «política de provecho» completadora de la «política de salvación» simbolizada en los personajes de la Casa de Austria.

* * *

Medio siglo nos separa de esta sistemática. Lo suficiente para verla desde una perspectiva dorada por la Historia. Nos damos cuenta, al regreso de tantas actitudes desgarradas y polémicas, de que la obra de Ramón de Basterra tiene perfecciones de perennidad, como un precioso ingrediente de nuestra cultura histórica. Y no excluimos ante el aplomo sereno de sus conceptos una actitud de reverencia.

Pero importa todavía señalar otra suerte de permanencias. Al regreso de tantas aventuras bien distintas, en las que la desgarradura de la forma se ha establecido como norma rebelde, la andadura aposentada y serena del verso basterriano nos produce una emoción que quizá no sentíamos anteriormente. Nos percatamos, ante la lenta majestad de las percusiones silábicas de este verso, que no en vano tiene apoyatura de ritmo milenario y que Roma no es sólo una temática, sino también una estética. Estamos tan cansados

de conocer la fragilidad de las fórmulas revolucionarias en el arte, que la literatura sosegada de estos modos expresivos nos conforta vivamente el ánimo. Confirmamos, entonces, la vieja (y por vieja, fecunda) idea de que el ritmo de la cultura occidental tiene unos modos exigentes de producirse, y reclama el ejercicio decoroso del vocablo, del verso y de la estrofa. En estas tres maestrías, la lección de Ramón de Basterra permanece inalterable. Su fidelidad a la manera grande y solemne al sentimiento del orden artístico, y a la jerarquía del espíritu encabezada por la estimación de lo trascendente, mantienen su vigencia y, en último término, justifica desde el punto de vista del «Regimiento de Cosa Pública» que la Diputación de Vizcaya haya querido patrocinar esta edición, por cuya hospitalidad fervorosa no me queda si no renovar mi gratitud ante un gesto que permite, por lo que a mí respecta, dar por cerrados treinta años de devoción fervorosa a «la poesía y al pensamiento de Ramón de Basterra».

Guillermo Díaz-Plaja

De la Real Academia Española

PRELUDIO

«Sopla con fuerza, hasta arrancar
la llama de tus cenizas».

GOETHE

LA SUBSTANCIA SUPREMA

La piedra de la alquimia del alma, la centella
de gracia de los místicos, el áureo vellocino,
del viaje de argonautas, la substancia más bella,

el espíritu, en suma, final y más divino,
es uno mismo. Cuando sea en torno tu vida
sombra y te nieguen sombras, al margen del camino,

nada es cierto y seguro como tu alma encendida
nada es cierto y seguro como tú mismo. ¡Toma
a tu propia substancia y deja construida
con ella una obra, clara y eterna, como Roma!

EL ERUDITO

Junto a la abierta ventana,
sobre la paz aldeana,
ve un infolio el erudito.

Fuera, el pueblo, clama y jura.
—Pecho denso, testa oscura,
exhala su alma en un grito—.

Erudito, el cerco de oro,
de tu lámpara, es el Faro
y es el Ágora divina.

Tu lumbre es, bajo la luna,
en la sombra escita, una
mirada grecolatina.

BIZANTINISMO

De Athos, la sacra montaña
bizantina, traje a España
una tabla de oro denso.

Es San Jorge que traspasa
al dragón. Luce en mi casa
sobre el sillón en que pienso.

Gritos en la paz aldeana;
muge tras mi ventana
el monstruo de la rudeza.

Tomando la pluma, digo:
«San Jorge, siempre contigo.
¡Horademos su cabeza!»

EL AVE AZUL

Trovador pirenaico que ha brindado su estilo
a cuantos seres mudos apetezcan asilo
en su palabra pobre, mas siempre hospitalaria,
—El buey y el campesino de sonnolencia agraria,
el marinero——, extraigo de los rojos hervores
de mi sangre, los bellos fantasmas superiores.
Como el rinoceronte marcho solo. No enseño
el desprecio a la acción pero antes amo el sueño.
Nuestro universo activo, hoy vive sin quimera.
Así en un grande río de luz, en la ribera
plutarquiana, me baño en hondas de humanismo.
¡Dulce copa de Historia desbordando heroísmo!
El heroísmo mudo, tranquilo, cotidiano,
heroísmo de oficios, heroísmo artesano,
me envuelve, —el bogador que vá con su chalupa,
el boyero del carro y el varón que se ocupa,
con San José, en la dulce faena carpintera,
bien oliente a fragante corazón de madera.
No hallo los heroísmos soberanos del alma.
Yo suspendo, en España, sobre la abyecta calma,
una gran esperanza: Tornar a hacer Historia
ilustremente. Pongo mi nacarado huevo
de ilusión en las viejas y altas torres. Un nuevo
pájaro azul, de grandes alas, surgirá un día,
cuando rompa su cáscara de papel la obra mía
a encender con su grito las nuevas ilusiones:
«El saber es poder. En marcha corazones».

EL PROVECHO

—¿Qué obtendré de este libro?— Esto. Cuando sus hojas
vea el joven corneta de bocamangas rojas,
alzará con más fé los clamores del cobre;
empuñará el piloto, por la niebla salobre,
con más fuerza, la rueda del timón, en el puente;
el erudito, al margen de su lámpara ardiente,
ensalzará volátiles y nuevos pensamientos.

En efecto, aquí se alza, sobre antiguos cimientos,
melodioso y enérgico edificio de ideas.
Cuando estos muros de alma jeroglífica leas,
un gran designio erótico se te erigirá en dueño:
querrías dominar la vida con tu sueño
de dulzura y entonces, no atarás sino lazos
de amante, eslabonando las cosas con abrazos,
hasta ver que se va tu mano hacia la mano
del prójimo, a quien llames y a quien sientas hermano.
Y ver que se hagan gestos de amor en la campaña,
de campo a campo, todas las ciudades de España.

I

PIRINEO MUSAGETA

PIRINEO MUSAGETA

Las doncellas de Grecia y Roma, seno, rosa,
dorado flanco, huían nuestra mole nubosa.
Mi mocedad lloró de angustia, en tierra escita.
Salió a buscar las musas mi corazón en cuita.
Dejé mi puerta. He visto parpadear las auroras,
en los bordes extremos de Europa. En rosas horas
amé a París, lo mismo que a una Atenas lasciva;
el Támesis copió mi frente pensativa
inclinada en sus muelles; densos bosques germanos
cobijaron mis sueños, cuando portaba en manos
los grandes libros. Flandes, me vió donde camina
con almadreñas bastas, su blanca campesina,
hasta que acudí al Foro romano y allí, un día.
oí la voz sagrada, llena de melodía,
de las divinidades del paganismo. Cañas
dulces de satirillos sonaban las entrañas
de los escombros y con pupilas ilusas
creí ver que danzaba el coro de las musas.
¡Ola rítmica! ¡Rubia, negra, encarnada ronda!
Entonces, ocultándome, tembloroso, en la fronda
ardió mi alma en deseo de hallar como a divinas
emigradas, —un bando de divas golondrinas—,
a las mozas del Lacio, llegando al Pirineo.
Tan hondo, tan ardiente fué, en suma, mi deseo
que he visto ya, —¡Loor a Dios!—, sobre la hierba
nórdica, la encarnada, melodiosa y superba,

ronda de las mancebas mediterráneas. ¡Mozas
divinas, por los campos vidriosos como lozas,
claras musas, yo voy en vuestra compañía!
Moraremos el bosque y cuando el mediodía
abrase, en una gruta buscaremos su mengua.
Entonces de esas mudas cuevas seré la lengua.
Antes de que arribara vuestra claro cortejo,
en la densa arboleda que no dardeó el reflejo
del clasicismo, había los vagos dioses vascos.
Unas hadas y el fauno boreal, en los peñascos;
pero no bien llegamos nosotros los latinos
el santoral de Homero invade los caminos.

I

EUSQUELDÚN

Yo, eusqueldún, el cantor del futuro apogeo,
hidalgo de las faldas del claro Pirineo,
que a mi tribu conduje sangre de los Atridas,
y la loba de Roma con las ubres henchidas
de leche de grandeza, resueno en la Bahía
de Vizcaya un robusto cuerno de profecía.
Blancas gotas del Lacio brillan en la pradera.
Me alumbra un resplandor de España venidera.
Tras de rezar los clásicos, penitente del gusto
una cosa establezco, primordial: el robusto
amor a Roma. Yo amo el mundo, el universo,
al Continente se abre la ventana del verso,
no he de negarme a nada, al ejemplo del sol
pero estoy sobre un recio promontorio español.

Yo no soy decisivo. Espero, entre los hombres
aquel mayor que yo, que resuene los nombres,
que son como bordones de la vida española.
¡Oh lirio de la raza, de gótica corola!
para esa flor de gracia yo dejo mis poemas
como un limo que nutra las alburas supremas
del lis cantor de España. Bautista de agua, luego
vendrá quien nos bautice, como el Cristo, con fuego.

II

ESCITIA

De un lado está la mar, la soledad salubre.
De otra parte, las tierras y llanuras de cobre,
la meseta barcina. Burgos es una hoguera,
y el gesto más egregio de España a la frontera.
Pero Abad, el dictor del Sidi Don Rodrigo,
jinete que cabalga contra el moro enemigo,
es la primera selva melodiosa de idioma,
que se alumbra con rayos de los fuegos de Roma.
Mas hallá, coronado y hercúleo el Guadarrama
donde está la Pirámide que cobijó la llama
de los Faraones de Austria. Como la luz del Este,
rústico Pirineo verde, cantón agreste,
la claridad de tu alma vino del mediodía.
¡Ventanas hacia el Sur que es la sabiduría!
Allí está la silueta de la Alpujarra, llena
de luces que recuerdan la claridad helena,
que es la Grecia española y el portal africano
la Andalucía elísea. ¡Mi Pirineo aldeano
la gracia alada quiere residir en tu seno!
¡La gracia! Pero lejos del claro ambiente heleno
y latino, las dulces doncellas emigradas
más de una vez en medio de tus faldas moradas,
inclinan las cabezas, cual se encorva la caña,
y lloran, pobres musas, de hallarse en tierra extraña.

III

SILENO

A pesar de los cirios y las pías campanas,
hay en el Pirineo sus deidades paganas.
Mas como tañen alto los católicos bronces,
y pasan procesiones sibilantes, entonces
el emigrado dios del muerto clasicismo,
toma forma carnal y se viste lo mismo
que el rural vasco. Vive, ama y trabaja.
Porta la boína aldeana y la purpúrea faja.
Bajo los emparrados de Guipúzcoa violetas,
yo le he visto asomado a un paso de carretas
contemplando el desfile al anciano Sileno,
padre de Baco. Había junto a él un vaso lleno.
Sileno corrobora y preside la gaya
existencia en Guipúzcoa lo mismo que en Vizcaya.
Su barriada conoce el eco de su risa.
Por los senderos densos, descubierto a la brisa,
bien sentado en un carro de bueyes, con guirnaldas
de ramos, se le vé cómo asciende las faldas
de la loma en que baila la primer romería.
Allí hace asiento, al menos, hasta el postrero día
del triduo danzarín que la algazara dura.
Con la jarra de sidra en la mano, conjura
a los mozos al baile, mientras loa la danza.
Lo que precisa es ver la extremada confianza
con la de sus amigos, aldeanos de la tierra,
le dan nombres de «Chomin Andi», de «Pachi Ederra»,
sin notar que es el viejo Sileno quien les habla.
Este obeso que, al fresco se sienta en una tabla
de la taberna, anduvo, ébrio como una cuba,
rojo de los carmines de la sangre de la uva,

jinete en burro, dentro de las selvas paganas,
donde con los colores rosas de las manzanas
lucía el encarnado de las ninfas desnudas.
Este obeso, entre sátiros de las piernas velludas,
educó al mozalbete Baco, en instinto pleno.
Aunque todos lo ignoren es el viejo Sileno.

IV

HÉRCULES

También hay por los campos en que el atleta agarra
con el robusto brazo helénico, la barra,
que hacia adelante arroja, la devoción robusta
al dios da la energía clara, estética y justa.
Mirando a una afilada trainera, con los remos
elásticos, que avanza, en esfuerzos supremos
de la línea jadeante de una dura regata,
me ha parecido a veces, sobre la onda de plata,
o en lo alto de una loma sorprender la figura
del bello demiurgo de la fuerza. Fulgura
el torso una aureola, en el aire violeta.
Piernas, pechos y brazos, del Pirineo atleta,
abren una sonrisa de donaire latino,
en la boca optimista del Hércules divino.

V

LAS HOGUERAS DEL ALMA

Huyendo de mi tribu verde, sentí que el fuego
de otros pueblos, alumbra mas no calienta. Luego,
pensé en la travesía de luz que siguió España
y en la llama erudita que incorpora su entraña.
Acudí hacia el Oriente de la luz patria, Roma.
Con mármoles y bronces, asceta del idioma,
maceré mi alma, en medio de escombros de alto ejemplo.
Dogmas fueron las piedras de algún clásico templo
del viejo «Fuero Juzgo» y las claras «Partidas»;
el respandor del Foro romanceó nuestras vidas.
El laurel palatino fué penacho de reyes
y en lo hondo de los campos patrios, portan los bueyes
la reja del arado que ara el surco del Lacio.

Antes llenaron otros enjambres el espacio
azul del Pirineo, de mieles de sapiencia.
Los densos, blondos rayos de lumbre de la ciencia,
tejieron las paredes de la cuadrada torre
del canciller Don Pero Lope de Ayala: corre
como una melodía, su voz que se ha hecho eterna.
Llevó el alma a la rúa pétrea de la «cuaderna
vía». Entró al mundo, por egregio sendero.
Nuestra alma está en las claras estrofas de Don Pero.

Allí al oriente erige, hacia el cielo cristiano,
Loyola el cupulón, eco del Vaticano
cobijando el espíritu del libro de «Ejercicios»
que templó a este cantón puro contra los vicios.

En suma, no muy lejos, se alza un nogal gigante,
corporación hojosa, convocada delante
del Palacio del gran Conde Peñaflorida.
De lo alto de las ramas, bajaron a la vida
del noble Pirenaico, al fluir de los vientos,
múltiples melodiosos y píos pensamientos.
Soñaba el prócer, con el blanco feudalismo
intelectual.
Nosotros soñamos con lo mismo.

VI

LA LLAMA DE HONRA

Con miembros melodiosos, las rosas danzaderas
las musas, deambulan, en baile, las praderas.
Los miembros de estas bellas hijas del paganismo,
tejen cercos y cercos de un dulce magnetismo.

¡Cercos y cercos! Sopla su aliento el mediodía:
Burgos resuena, al fondo, su azul campanería
pía. En el zafir denso, que ni un vapor empaña,
se vé la llama de honra que es en el mundo, España.

La mariposa ardiente que desciende de Roma
Grecia, Fenicia, Egipto: pabílo del idioma.
Luz del Toledo moro, romano y bizantino;
que late en lo más hondo del mundo cervantino;
luz de Domingo el Griego, alumbrando a unos nobles
que gravitan al cielo, alargados e inmobles;
luz, en suma, del duro Calderón, cuyas almas
místicamente erguidas tiemblan como las palmas.

España es una llama romántica, en el cielo
final del Continente. El magnífico vuelo,
de su alma, dura siglos y siglos, errabundo.
España es una cifra estética del mundo.

VII

HUMANIDAD AZUL

Como el puerto de Calcis, de los granos de fuego
y el de Candía, del higo dulce, en el mundo griego,
como la rada de Ostia y el muelle de Salerno,
en el mundo latino, en el mundo moderno
existe un bello puerto pirenaico. La ría
enérgica y mundana de Bilbao fuerte, alía
los cascos de las tierras más remotas del mundo.
Flota en el agua el vago humor del vagabundo,
entre reflejos rosas y nubes de humo blanco.
De negro denso y gules tiene el buque su flanco.
Y tras de él, lanza el horno un serrín centelleante.
Pita silbos la varia Babilonia flotante.

Detrás de aquellas láminas de metal de las naves
los mozos tripulantes soñando sueños suaves
en el lecho de cámara ven, cual conchas marinas,
las pieles encarnadas de aquellas campesinas
de su cantón natal que en la frente que sueña
levantan el rumor hueco de la almadreña.

Armoniosos garzones con traje añil de estío
de mahón, en los muelles, ostentan su amorío

junto a una virgencita obrera que sonríe.
Detrás de la pareja romántica, deslíe
su clamor de humo blanco, algún buque de viaje.

¡Donceles del zafir de atmósfera en el traje,
que sois la flor del pueblo! Las vidas artesanas
son divinas: os porto mis herencias romanas.
La pobreza no cuenta, solo el refinamiento
de que las almas prueben el elíseo sustento
de los iluminados, importa. Yo os juro
que es corazón ducal el vuestro, si está puro.

VIII

EL VIENTO VISIR

Un mago soplo tibio hechiza el panorama;
Muley el viento sur, con turbante, derrama
un suspiro del Africa en la humedad norteña.
De donde el alminar mahometano sueña
en el añil sin nubes, de un cielo de desierto,
de Damasco y la Meca, viene en ruta a mi huerto.
¡Alá akber, Visir, viento del mediodía!
Tu onda traspira aromas de tierra de sequía
azulada. En tí el blanco bereber, só la parda
capucha, apoya el rostro en la erecta espingarda,
y las muchachas árabes con su lunar sonrisa
voltean la garrucha del algibe con prisa.
Sultán el viento, bello califa meteoro,
a tu paso, una vez arrancó a andar el moro,
y tú ibas a las grupas de su alazán de guerra.
Como robustos árboles que plantó en nuestra tierra

la enseñanza de Meca y de Bagdad, prendía
en Granada y en Córdoba, ojos de Andalucía.
En los montes de Burgos, sobre mares de trigo
que coronan la gloria del Sidi Don Rodrigo,
he surcado un gentil puente ue encorva el árco
de herradura, ciñendo a un denso cielo zarco,
y la voz de aquel sitio llenó mi alma de Oriente.

¡Cuántos fragmentos árabes perduran con el puente!
¡Palabras que son cuerda de una guzla en la lengua!
Cuando la Media Luna muslín padeció mengua,
el alma de Valencia, la voz de Salamanca
condujimos al Africa de la morisma blanca.
Grandes pinos cristianos hay entre las chumberas
moras. Al sol flamean del Rif, nuestras banderas.

IX

LOS PAJAROS DE LUZ

¡Las voces que, como aves de las selvas de España
depositan sus plantas, tan nímias, en mi entraña!
¡Voces! ¡Aves de Luz que arais los horizontes!
Pensar que del silencio de mi alma, huis los montes,
salvais los vastos mares, hasta entrar al regazo
de almas del Guadarrama, el Plata, el Chimborazo.
¡Decid, dictores!: oyen nuestras veinte naciones.
¡Voces, sois como pájaros con nidos corazones!

X

DANZA

Danzad, dulces hermanas, en la tarde violeta;
llenad el Pirineo, que se ha hecho musageta,
de rumores ilustres y rítmicos balances.
Danzad, mientras alumbran las fogatas romances.
¡Sitio al alma! La lengua aborigen y oscura
de mis lueñes abuelos, no alcanza más altura
que el nivel hortelano de dulces vegetales
para esquilmar las densas copas de los frutales.
El Pirineo, ¡canta con voz de Continentes!
¡Suena al rumor unánime de Atlánticos de gentes!
Vosotras, las divinas hermanas melodiosas,
emigradas de lácteos brazos y senos rosas,
cruzad, de cabo a cabo la cántabra montaña
que va de Portugal a Francia, por España.
¡Id de Irún hasta Muros! El mismo verde intenso,
luce la hierba, bajo igual cielo de incienso.
Dad la gracia, en desfile de cortejo festivo,
al serio Pirineo que ya está pensativo.

II

NUMEN ROMANO

LA OBRA

Arrebujados en espuma,
atrás, en los cielos fuyentes.

Delante está la claridad del Lacio
la campiña imperial, sin una nube,
Roma, mármoles y campanas,
Alba de Historia de Occidente.

Hebras de siglos del pasado acuden,
y ván al porvenir, hebras de siglos.
Los pensamientos se mueven
con miles de años de cortejos.

El Pirineo en sus rebeldes cimas
se negó a Augusto, espada mensajera.
La loba le brindara en vano,
aquí, sus ubres luminosas.

Enjambres de palabras ahuyentaron
hacia las tierras en que el sol se acuesta.
Los aceros de las Legiones,
desde esta colmena latina.

Sobre ríos, montañas, cordilleras,
volando fueron las avejas leves.
labrando por sus oscuras selvas
celosa miel en rústicas almas.

Miles de auroras en sus altos llanos
doraron a Castilla solitaria,
sin que su cortejo romance
cundiera allende de sus cielos.

Pardas en las jarcias de sus naves
las aladas viajeras se cernieron
sobre las proas errabundas
desflorando ingénuas olas.

Por un gran mundo inédito en la sombra,
El mensajero bande esparció al (1)
un rayo de fulgor romance
brotó del seno de las cosas.

Castilla que tendiste tus calzadas,
sobre el oceano intacto, por ti alcanza
desde el laurel del Palatino
hasta los Andes, Occidente.

(1) En el original manuscrito está sin completar el verso.

EN EL PUENTE MILVIO

Sobre la piedra antigua, río Tíber, asoma
diáfana de recuerdos la sonrosada frente,
la mañana, una ingénua cabeza adolescente,

rubia hoguera por cima las cenizas de Roma.
¿Qué añora el agua y saben las nubes en el viento,
ni las flotantes ramas, en tu margen dormidas,
del afán de los siglos y de las glorias idas?
El ayer no vivía, sino en mi pensamiento.

Aquí, en que se decide más de una vez la suerte
del Occidente, al choque de paveses y aceros,
pienso que en las colinas y los valles primero,
el hombre no existía y era una paz inerte.

Ah, codicia curiosa ha de ver la venida
de los grupos humanos que intimidan las fieras
a poblarlos, según piedras y calaveras
proclaman y observarles disponiendo su vida.

Qué cadena de muertes larga y de nacimientos
para lograr el fuego y el metal, congregantes
de los primos hogares con botines humeantes,
que manchan negras vetas, hoy en los yacimientos.

Vagarías, peludo cazador por la orilla
que humedece del Tíber el soberbio altozano
sostén del Palatino plinto del Vaticano...
¡Magna ascensión del alma de la tuya sencilla!

Luego aquellos pastores que, al contemplar el fresco
virgíneo azul del cielo, adunando su hato,
sentirían el ánsia hacia mi Orden usuato,
ascenderles del pecho, como un vago arabesco.

Los prados, para la alba y batante caterva,
en la que César cae y Pablo evangeliza,
y se funden imperio e Iglesia, en recia liza,
serían anchurosas fresca ración de hierba.

¡Olas de un mar de azul! ¡De ella a tu alma Roma!
La cumbre que nos dieras del verbo a razas tantas,
brotó de ese recodo tembloroso de plantas
que hilará nuestra Historia entre una y otra loma.

De ser tú, la comarca humilde, y sin caminos
y sin aceros nómadas, de este río en el borde,
¿el que fuera estaría con el que soy acorde?
¡Albor maravilloso el de vuestros destinos!

FORO TRAJANO

Luce, en la tarde violeta, el césped, tras el chubasco.
A la luz láctea que empapa el pecho de pena grata,
zuma el suspiro, ¡plateado ambiente del cantón vasco!

Los ojos tientan el tapiz suave de terciopelo,
retal sajado, bajo el nativo cielo de plata,
de un monte mío, que se despliega sobre este suelo.

¡Césped con nubes! Si ahora a las cortas briznas del foso
bajan los largos, los largos hilos de lluvia fina,
será tu amado traje, ¡mi clima menesteroso!

En esta Roma opulentísima de alma, superba,
tendré el semblante de mi indigencia, que es la pristina,
hecha en el campo, sin el alma águila, de agua y de hierba.

No. Remolinos de historia en fuerte racha guerrera,
sopló la idea por la área ilustre, mientras corría
entre las hebras de los destinos, la lanzadera.

En la menuda grama, fronteros, diez fustes dobles
incan en plintos de piedra grises, ¡Oh, tarde fría!
Su cuarentena de afirmaciones truncas y nobles.

Aquí está el mármol que amaba, a solas, allá en mis lares
pedruscos bravos, hacia vosotros tome el camino
y hacia aquel Orbe que han regulado vuestros pilares.

Jirón de espíritu, del suelo herboso, mi comarcano,
asciende, —arengas, torres y tropas—, el pergamino
que se abarquilla, tu ancha columna, pío Trajano.

Símiles ansias que habitan, breves, mi fuero interno
temblaron, fueron, só el azul, grandes en este Foro,
Olimpo claro sobre el de bárbaros oscuro averno.

Por tierras anchas, por miles de hombres y armas y gloria,
y el Imperátor, que aquí yacía en la arca de oro,
Dios quiso atraerse así, pleamares altas de Historia.

Creo. La dura toma de Dacia se arrolla y sube
por la columna que hinca su mástil, el idealista,
entre la hierba, lúcida de agua y la alta nube.

Y ahí el Danubio, sus selvas, bárbaras, huestes, levanta
hacia sus fines, que enrosca el mármol ante la vista,
el imán cielo, que, en mi miseria, también se inmanta.

Caed, ahora, hilos de lluvia que el ansia mía
está aquí a salvo, de bulto, enhiesta, y el gotear lento
no me doblega a una postrada melancolía:

El hombre es grande y de la lluvia triste y la hierba
remanta al Orden y al vuelo heróico del pensamiento.
Aquí está Roma, opulentísima de alma, superba.

Por tus relieves se alza a las nubes mi rey anhelo,
¡alma columna!, desde la hierba que es la melliza
de aquella mía que brota ignara bajo mi cielo.

¡Oh, Ley eterna, que de este suelo cundiste en guerra,
que, entre mis robles o que en mis venas, tras ruda liza
te sean fieles tanto mi carne como mi tierra!

CAMPO DE VACAS

Con reverente paso, el sacro suelo,
mido, Foro inmortal, de tus ruinas
que manojos de hierbas campesinas,
vellón de olvido, erigen hacia el cielo.

Quebrado muestras el marmóreo anhelo
que celaban las águilas latinas.
Oh, tú que en la inmortal área caminas,
no te amengüe a su vista el desconsuelo.

Al cementerio de columnas y arcos,
que un pío ruiseñor hace sonoro,
mejor puedes que, Césares y Marcos.

Dar existir actual, fecundo, pleno.
«¡Ave, civilidad!» exclama: el Foro
se alzará, intacto, en medio de tu seno.

JUBILO EN EL PALATINO

Tú, pezón de Occidente, alcor exhausto,
cerro marchito, como una ubre muerta,
fresca colina, un día, con pastores
de ovejas nítidas.

Todo era nuevo, ¡oh, cráter de conciencia!,
en esa cima. Fuiste nido augusto
de Roma. El aguilucho dió a tus aires
sus alas párvulas.

Perora un ruiseñor, en confidente
de los escombros. Los floridos ramos
de la muralla, aroman las escorias
só el azul límpido.

Mi corazón, camino de la cumbre,
se exalta. Palatino en cuyas piedras
halla su pauta de orden melodioso
mi alma de bárbaro.

No reparo en la muerte, en los adobes
yertos y calcinados por la Historia:
bailo de gozo, como tus pastores
de quien soy pécora.

LAS VOCES

Una hoz de leche fúlgida, la luna,
un arco de ángel por el cielo extinto,
hirió de pronto mi emoción tirante,
y, tañéndome el ser, se levantaron
unas voces, trenzadas en un canto.

Voz del Lacio:

Pastor soy, por atmósferas lejanas,
más allá de los montes y los mares,
de la trémula grey, de las campanas
crepusculares.

Desde este viejo oficio de eminencia
contínuo como un río, yo contemplo,
en las tierras, reliquias de mi herencia,
calzada o templo.

Voz del Pirineo:

Espadañas de santuarios
y torres de campanarios,
latiendo Ángelus agrarios.

A las que, como colmenas
van las almas que están llenas
de dichas, ansias, y penas.

Hasta que el día se borre
vuestro clamor me recorre
la hierba, de torre en torre.

El cielo se decolora
y en la ráfaga cantora
mi espíritu se evapora.

Igual que ha cientos de años,
por los montes aledaños,
van migrando los rebaños.

De nuevo, sólo hay de vivo
sintiendo lo fugitivo
que querría hacer cautivo.

Salvándolo, no bien brota
el instante que se agota,
con pincel, palabra y nota.

Voz del Lacio:

Bien a tí, la novicia creadora
dentro de un orden secular que es mío
tierra en que el alma hacia expresión aflora
pompa en un río.

¡Parezca bien cuando se entreabra, a flote
en el ancho caudal de las Españas,
la esencia vieja que del surco brote
de tus entrañas.

Voz del Pirineo:

Echo,
con el árgoma y el helecho,
lo mismo que al mar mis traineras,
mis varones de bocas austeras,
a la acción, de la hierba del pecho,
tallos de ansia a las puras esferas.

Pugna en mis laderas sanas
una ascensión que al ideal entablo,
de mis uvas, maíces, manzanas
de mis tejas atarazanas,
del cálido establo,
y hablo.

Voz del Lacio:

¡Oh país sin cenizas!, vigilante
sé del arder las lenguas entendidas
en tierras que relumbran un instante,
luego extinguidas.

Pila presta de zarzas y de roble
en el ara ideal que ya ha prendido,
halla tu fuerte pecho el amor noble
inconsumido.

Voz de Roma:

De forja del espíritu artesano,
soy el Cáos, por siglos, como ahora,
con mi ley, con mi estatua o mi campana
liberadora.

Pues que domándole a ejercicio claro,
imponer al instinto una coyunda
es la faena secular que amparo,
para que cunda.

Libre en su imperio, el ánima que expresa,
por tu voz libre, desde mis terrosas
entrañas, en que el mármol pesa
de muertas diosas.

Ave a tí, que en el alba de esta Era,
que mediodía en mi Cupulón justo,
envié el de la espada mensajera,
César Augusto.

Las cosas el crepúsculo ceñía
así a unas voces, musical acorde.

EL DESCENSO DE LOS SIGNOS

Debajo del afán rural, a somorgujo,
encorvando los hombros a remos y herramientas
mi corazón tenaz que ahora asciende hacia el flujo
del romance, ha latido en las centurias lentas.
Cuando en el polvo de agua del confín que se pierde,
la hierba esmeraldina y el aliento salobre,
por siglos, he sentido que en mi regazo verde
mientras despunta el brote o huye la hoja de cobre
nimbaba el afanoso tic-tac de la faena,
en las olas, los trigos, las barcas, los madroños,
por un roce de amor, de misterio, de pena,
va de la sangre vieja a los labios bisoños.
Una perspicua llama muerde en mi acción oscura;
subiendo hasta mis riscos a que trepan las cabras,
sobre el buey del esfuerzo que la tierra rotura,
avejas serenísimas revuelan las palabras.
Han de posarse en mis anónimas corolas;
cada una habrá la suya por su perfume mismo:
en los trigos, las barcas, los madroños, las olas,
se salvarán mis ansias a cientos del mutismo.
Por los intercesores a la gloria expresiva
de mis hierbas, mis mansas vacas de breves astas,
mis nubes y regatos, en la oración viva
de las mañanas férvidas o de las noches castas,
pasaré a la trasvida elísea de la orquesta
la cúpula, el poema, el lienzo, la metopa:
en mi tierra, habitada por la legumbre honesta,
planta de serafines, mi alma abrirá su copa.

Las aves del espíritu entrarán en sus ramas,
pasará Ceres madre por entre mis cereales,
y volcará en mis ríos de móviles escamas,
Jesús, la bautismal concha con mis cristales.
El destino dramático del ánima universa
tendrá en mí un episodio que ocurre en mis maíces
que sombreen mis árboles y espeje mi honda tersa:
dén corolas de luz mis sombrías raíces.

CLAMOR EN EL PALATINO

Amor de desventura el de mi alma
pues ama aquella melodiosa y blanca
que ha florecido en otras horas
y hoy está ausente, la Armonía.

Audacia, novedad, ímpetu, vida,
edad descomunal, obra de enanos,
¿cuándo a tus ansias enemigas
mi amada ceñirá en el seno?

Edad de visigodos y ostrogodos,
de vándalos y alanos, todos juntos,
el cine, el millonario, el auto
son bárbaros, más que las hordas.

Siento que me ahogo en el ateo caos,
áncora palatina, a quien acudo.
Hay un pasado de armonía
en tí, colina refulgente.

Idólatras espesos del becerro
de oro, perseguidores de lascivas
complacencias de negros, chusma
trivial, roída del vacío.

Quiero sentirme solo, entre tus ramas
oh Palatino, que aureola el Orden.
Me arrojan fuera de la mezcla
el corazón y la cabeza.

Pero ellos mandan; ellos triunfan, oh árboles,
cimeras vegetales. ¿Que, de pronto
aquella luz antigua
ya no ha de dorarnos el suelo?

¡Sitio al alma, colina! Que irrumpamos
como tus legionarios de otros días.
Y a tajos de palabras, cunda
tu ley, en la selva moderna.

EN EL ARA AL DIOS DESCONOCIDO

Entre rosales y laureles
al promediar el día límpido
yacía el ara al dios ignoto,
ah, qué altar lírico.

La emoción que siento la expresa
de lo alto de su rama un pájaro,
la emoción dulce y temblorosa
que es como un álamo.

Debajo el alto cielo, ensalzas
tu ofrenda, ¿a quién, oración pétrea?
sobre tu mármol, quiero un voto
dejar por mi época.

Nos embisten nuestra muralla
y resuena un infernal báratro,
triunfa ya, triunfa, en el presente,
bestial, el bárbaro.

Oh piedra, que ensalzabas preces,
gratitud al azul elíseo,
¿como tú quedará, por tierra,
el altar lírico?

Humo gentil, virtud cristiana,
brota, brota hacia el dios incógnito!
Asciende, só el zafir, por siempre
anhelo crónico.

CANTIGA DE CAPRI

Mueven los remos
los brazos que no te abrazan,
los labios que no te besan
te cantan.

Hacia la ribera
empujo al esquife,
a que el arrecife
dentellee el áncora.

Te transporto entera,
con tus senos justos,
tus muslos robustos,
tus caderas de ánfora.

Los brazos que no te abrazan,
mueven los remos.

Tras de ti, el Poniente
se despeina en llamas.
Oh, mi pecho que amas.
De esas llamas, émulo.

Rumorosamente,
corta el agua el remo...
mirándote, tremo
al chasquido trémulo.

Te cantan
los labios que no te besan.

¿Qué otra mejor carga
que, Lálague cara,
jamás transportara
con su brío el músculo?

Ya el peñón alarga
su sombra en la orilla
tu pupila brilla
mejor que el crepúsculo.

Dejan los remos
los brazos que a ti te estrechan,
los labios que no te cantan
te besan.

AMOR ROMANO

Con el peinado clásico de Agripa
y la tez mate, pálida, morena,
y unos ojos calientes, bellos, negros,
pareces, a pesar de ir con la moda,
tan eventual, una romana antigua.
En tanto que adeliñas el tocado,
y coqueteas, el espejo en mano,
y haces dar vueltas a la sierva, en torno,
mereces una flor de Ovidio, o Cátulo.
Mas dentro, tienes, con cristiano aroma
un pío corazón de oveja amante,
capaz de la humildad y las ternuras
que penetran al fondo de los huesos.
Cerca de un obelisco está tu puerta
en un monte que nimba el cielo antiguo,
y hacia ti, caminando los peldaños
de Luis de Francia, só el zafir nocturno
contemplo parpadear a las estrellas.
Otras veces, de vuelta, al cielo tímido
rayaban los vencejos aurorales.
Deshojo horas de rosa en la colina
a que me ciñe el nudo de tus brazos.

* * *

La luz transparentaba el alabastro
de la lámpara, alzada en las anillas:
aguardabas, en pugna con el sueño,
mi tácita llegada a media noche.

¿Cómo explicar, amor, mi rostro tenso?
Era dejando a las ideas duras
cómo pasaba hacia tus brazos suaves,
con una sequedad, adusta, casta.
Julieta, la gentil, a quien no puedo
conducir el blancor de aquella almohada,
que mojaron tus párpados de llanto,
al blancor de esta hilambre, en que me junto
con tus rivales, Julia, las ideas.
Pero, ¿por qué esa lágrima, amor mío?
No tires a las cartas agorera,
que no hay, otra mujer entre nosotros,
ni hagas venir, dos veces por semana
a las que te predicen la ventura,
y te sacan los cuartos, con astucia,
mientras te miran esa mano mate
que es tan gentil y me pellizca tanto.

* * *

Me culpas de curita, de cretino,
que hace caso a patrañas clericales,
no quiero abrirte la tiniebla interna
en la que gimo yo por el espíritu.
Para ti no hay infierno, ni hay el cielo,
son cosas inventadas por los prestes.
Y tú no crees en nada. Pero hay una
rinconera en la casa, en la que noche
y día, enciendes una luz perpétua,
que vela bajo tu San Antonio.
En este sí que crees, en San Antonio.
Y también tienes fe en la Dolorosa
de la iglesia vecina a la Estafeta,
con siete espadas y el Señor en brazos.
Lo demás, son inventos de los curas.

* * *

Encendido de abrazos y de risas
cuando te despedía, por las tardes,
en los largos crepúsculos de junio,
dejaba tu morada hacia el ocaso,
y contemplando el cielo que inundaba
la variopinta luz del sol oculto
pensaba en el placer, cálido y bello,
que también muere y me brillaban, dentro,
los sonrosados besos que se apagan.

III

SONETOS DEL LACIO

I

RENUEVO

Otros, antes de mí, con freno y rienda
enjaezaron al afán novicio,
y un ímpetu trajeron a ejercicio
y a quietud de obra la íntima contienda.

Presto a fatiga, ayuno y a cilicio,
para que el lodo al ideal no ofenda,
en libertad te erijo, áspera senda
que, en el umbral, reclamas sacrificio.

Ajeno al vituperio y a la fama
en obra trocaré mi caos vivo;
só el temblor de la luz que mi pecho ama.

Como en el vaso del fanal, cautivo
sé tu ideal, dentro de mí, la llama,
y mi sangre mortal óleo votivo.

II

VOTO

Labre el esfuerzo a solas en mí mismo,
que, ¿quién de lo que no he me hará regalo?
sólo la voz que de mi fondo exhalo
puede sacarme de mi propio abismo.

Caos soy, en que, unidos bueno y malo
están y hay cobardía y heroísmo;
ave, me atrae del cielo el espejismo
reptil, a poco, hacia el fangal resbalo.

¡Hermosura que riges la armonía!
Diosa ceñida en melodioso traje,
tallar quisiera yo la vida mía.

Como losa de un ara en tu homenaje,
brindándotela en culto, hasta el gran día
en que quizá tu planta al aletar baje!

III

NOMADISMO

Soberbio ofrecimiento a la aventura
es el mar y su raya de horizonte
mejor invita que el confín del monte
a amar la novedad de allende, pura.

Cuando mi nave el horizonte afronte
y surque hacia él la líquida llanura
no se desarme allí su arboladura:
¡que otro confín azul, sin fin, remonte!

Así, aplazando mi descubrimiento,
de largo, habite el piélago redondo,
en amistad del sol, el mar y el viento.

Hasta que mi ancla, al fin muerda en el fondo
de una tierra novicia, cuyo aliento
calme esta sed que siento en lo más hondo.

IV

CONFIRMACION

Densa la bruma que al ocaso empaña
y en la que, inquieta, mi ansiedad se anega;
como a través de una pupila ciega
el alma en blanca opacidad se baña.

Una vela, en el véspero, navega
y como si la cuita de mi entraña
saliera frente a mí, recuerdo a España
y a mi vagar que de ella me despega.

Esquife mío, solitario, ¿a dónde
vamos? ¿A dónde? Oh, pena suave.
Que el luminar de mi destino esconde.

¿Al naufragio o al puerto va mi nave?
Y una voz misteriosa me responde:
Avanza siempre, el rumbo Dios lo sabe.

V

EL SINO

Tal un girón de música y aroma,
que sobre un risco, primavera mueve,
deponiendo en el pecho el vuelo leve
pasa el amor, con pasos de paloma.

¡Bella dulzura nómada tan breve,
detén la fuga y mi existencia toma!
De nuevo, en soledad, su cima asoma
mi corazón, a espera de la nieve.

El horizonte del mañana envía
a lo lejos, la nube mensajera
y a su vista la sangre se me enfría.

Miedo tengo a la noche que me espera.
¡Sube a tu soledad, el alma mía,
y enciende un ideal como una hoguera!

VI

MINERVA

Blanca, de mármol sin pasión, la diosa,
con su faz colosal de líneas puras
de lejos lleva hacia las criaturas
sosiego, con su paz armoniosa.

Bajo la incorruptible y espaciosa
frente; no a tierra ni hacia las alturas,
recta y tan firme que sus sienes duras
prolonga la mirada luminosa.

Y es como si una límpida corriente
nos serenara en tránsito, la mente.
¡Oh raudal que nos limpias por tal modo!

Que haces del alma una honda cristalina
fluyendo al resplandor de la doctrina
quieto, abajo, el sensual poso de lodo.

VII

OCASO DE ROMA

Hay en Roma una senda que atalaya
a sombra el beldaquín de las encinas,
la ciudad con sus cúpulas divinas
en la luz rosa que el vencejo raya.

En el ocaso, cuando la luz vaya
es hemorragia sobre las colinas,
tiñe de sangre grana a las ruinas
el sol, que igual que Roma se desmaya.

Entonces, al pulsar de una vibrante
campana corazón, sientes la huída
de tu sombra que tiembla por delante...

Pero tú exclamas, ébrio: «Tal, oh vida,
es la gran hermosura del instante
que con llegar aquí, ya estás cumplida».

XII (1)

DISCRECION CREPUSCULAR

Como rumor de lluvia el viento leve
levanta entre las hojas del castaño:
¡Paz de la hierba que el sentido embebe,
en tu onda de humildad, el alma baño!

Sólo a un perfume tímido se atreve
el campo, recogiéndose en sí, huraño.
Las blancas nubes sumirán, en breve,
en el ovil nocturno, su rebaño.

Arbol y planta y flor, todo parece
que sabe la agonía y la batalla
en la que el paladín solar fenece.

El dolor unos píos ténues halla
por expresión fugaz, la sombra crece
y, reservando su alma, todo calla.

(1) Los sonetos VIII, IX, X y XI, no han sido hallados entre los originales del autor.

XIII

ERRABUNDEZ

No desearía sino andar, ¿el Cielo
es un alto lugar de estar sentado?
Entonces, de ir, seré, contra mi grado
un bienaventurado sin consuelo.

Preferiría errar sobre este suelo,
surcar el bosque, el río y el labrado,
a par del viento, oyendo el acordado
cantar del ave, a quien no envidio el vuelo.

Mas en contacto de las hojas tiernas,
mi afán, eterna novedad, codicia
y, lengua doble de ello, son mis piernas.

Amo de nuestra tierra, la delicia
de su brotar, ¡lunas de miel eternas!,
¡oh, sabor sin igual de la primicia!

XIV

MEDIDA

El girasol ufano su carota
atónita, al zafir, levanta, gualda;
de ansiedad no permite que a su espalda
quede el prodigio, al que su tallo brota.

En su expresión extática, denota
un alma simple, la floreal heralda
del estupor con que, desde su falda,
la tierra le alza al sol, la gloria ignota.

Con su pupila de coloso abierta,
el girasol embajador, no acierta
a modular su gama de respetos.

¡Que ante lo bello no me asombre tanto,
mi vista baje que humedezca el llanto,
y encúbranla los párpados discretos!

XV

HUMILDAD

La choza de pastor y la majada
de pajas una, la otra de cordeles
entretejidas, como nidos, héles
aquí, en el fondo de esta paz sagrada.

¿No paladeas, alma, sobrias mieles?
Hacienda de ave, casi no hallas nada:
un vaso de metal, con panza ahumada,
junto al cayado corvo y unas pieles.

Mas una hoguera en el dintel. Ah, *poco*
el santo *poco* en que, al temblar la llama
verbo es de amor el lengüeteo loco.

¡Cuánto más alto a Dios nos encarama
esta humildad que para mí yo invoco
que la soberbia, la humildad cuando ama!

XVI

SUSPIRO

Migra de prado el hato que vadea
gijarroso arroyuelo, en comitiva
que el rabadán con él lleva cautiva
del báculo que orienta y señorea.

Cabeza gacha, andando, ramonea
la manada, semblanza primitiva
de la unión de las almas en fe viva.
que pastoreó el cayado de una idea.

En vez de jabalí, de cerda hirsuta
que a tajos de colmillo, se abre ruta
blanda es tu rúa, pécora obediente.

Sangra mi vida al ara en que me inmolo.
¡Una cuita me punza interiormente
y es horadar mi rumbo para ir solo!

XVII

LAS PREFERENCIAS

Sobre la cima que tomar querría
con cercos de constancia, tiene el nido
un águila de pico retorcido
y largas alas, a que el vagar fía.

El redondo contorno es un latido
para el pájaro rey que de alto espía
en una rueda lenta, cuanto el día
guarda en su seno, en el azul sumido.

En la roca más alta aposa el vuelo
el pájaro real que enjaula el cielo
y fue hacia el sol, rasgando turbias brumas.

¡Ave cernida en la celeste ausencia,
la pasión de aislamiento y de eminencia
amará siempre tus sagradas plumas!

XVIII

RECUERDO BARBARO

Son tan bellos los montes, las laderas,
las aguas, los olivos y las viñas,
que añoro aquellas bárbaras rapiñas
de la invasión por estas anchas eras.

Veo llegar las razas forasteras
cabalgando las límpidas campiñas
feliz labriego que tu grano aliñas
por tales claras vegas lisonjeras.

Renuevo el alarido jubilante
del bermejo guerrero, al ver delante
para siempre, la nítida comarca.

Lejos aquí de lóbregos abetos
en luz azul, su sangre, hacia los nietos
poder legar, sobre cuanto se abarca.

XIX

M A R

Surcando el campo vi la mar fulgente
en el ancho horizonte en el que fina
nuestra existencia térrea y la marina
comienza, inmensa y misteriosamente.

La bravía vehemencia cristalina
rompe en la orilla, tumultosamente,
y un clamor, por momentos más potente,
sube, cuando el tumulto se avecina.

Un tembloroso soplo que me agita
el cabello, la ropa, el pensamiento
envía el mar que al corazón excita.

Y una fragancia de juventud siento,
cual si saliera de la mar que grita
la voz de Dios, en el salobre aliento.

XX

SOBRE LA ARENA FUNEBRE

Emboza el mar al ancha roca oscura
que quiebra su cristal en la ribera
de espuma casta, como si hecha fuera
de azucenas y nieves su blancura.

Alba pureza intacta que perdura
ingénua y fresca como la primera,
candor de nube blanca, virgen cera,
mármol y nácar, espumeante albura.

Del mar que azul, con el azul se alía
del viento viene en ráfagas serenas.
¡Oh, rubio, vivo, adolescente día!

Antes de que mi vida se haga arenas
infunda el sol, su báquica ardentía,
como una vid, al jugo de mis venas.

XXI

RESPETO

Don refinado cardinal sentido,
dulce, gentil y delicado esmero,
por quien lo que es primero es lo primero
y hacia cuanto es nos pulsas un latido.

Dentro del vivir propio recogido,
al trasponer el personal lindero,
al inmenso vivir que es forastero
tímido a sentimiento apercibido.

Recato dulce de no hollar la vida,
hospitalario huésped que despensa
al ajeno existir blanda acogida.

Y en el umbral se inclina, porque piensa
que es, allende su casa reducida,
Dios quien ordena su morada inmensa.

XXII

TITUBEO

Cual de una encrucijada, de un instante
hacia cuán vario bien puedo ir que espera,
me ofrece amor su senda lisonjera,
y la vereda al gozo está delante.

Ocio, idea, placer, obra, en flagrante
solicitud, me tientan que a cualquiera
de ellas, al punto, mi deseo adhiera.
¡Dura elección, difícil y constante!

Amables igualmente las contrarias
rutas, a todos igualmente iría.
¡Idea, gozo, amor, las sendas varias!

Oh, corazón, sé tu brújula mía
y en las secretas elecciones diarias
hacia un polo inmutable sé mi guía.

XXIII

LA CAÑA VIVA

Ratos de oquedad hay en los que ausente
la vida nos semeja de ufanía
lo usual empaña a la mirada fría
y al barrote habitual toca la frente.

Nuestro deseo es la cegada fuente
que no mana en la interna carestía,
y a la atención que el exterior no espía
un bostezo boqueabre, hastiadamente.

Ninguna roja fruta tentadora
que el labio muerda, ni el mañana existe,
se remansa el espíritu en la hora.

Al soplo de la vida se resiste,
y, cual caña que el viento hace sonora
resuena el interior vacío, triste.

XXIV

LA ENTREGA

Tienta al deseo el gozo nocharniego,
la mesa en una dulce compañía,
y el esperar después al nuevo día
honrando a amor en su donoso juego.

A la rosada tentación me entrego
y he de allegarme, por la usada vía
a la morada, de la amada mía
de cuyo labio sorbo sutil fuego.

Llama de miel, hechizos pasajeros
servidumbre al monarca doncel Eros,
oh, placer huidizo el tiempo avanza.

¡Toma mi juventud y la enseñora
para que la clepsidra al marcar tu hora,
te reemplace el deber sin añoranza!

XXV

MEDIODIA

Seca la niña los cabellos de oro
en la azotea de la casa clara
y con su mano cérea, los separa
en madejas de luz que, absorto, adoro.

Jugando esparce al viento su tesoro,
mas de su nubil claridad, avara,
no bien en el acecho me notara,
la ninfa huyó, con púdico decoro.

Aseméjome el día oscurecido
al faltar ella y nada ya interesa
desmayados, a el alma ni al sentido.

Pobre ladrón que amedrentó a su presa,
yo perdí el corazón mal defendido,
y ella escapó con su tesoro, ilesa.

XXVI

LA FUGA

La vela dentro de la perla clara
que es el véspero cielo, airosa vuela,
y cunde, tras la popa, la alba estela.
Que en un adiós de lirios se separa.

Ya la puesta en el agua se anegara
con un adiós que sonrojó a la vela;
la hoz de la luna, sobre el mar riela
y el terral nos da el ósculo en la cara.

Corre mi lino, hacia la costa firme
desde el huir del mar, hacia la vida
en que a lo que esté fijo pueda asirme:

Patria y acción, y prole no nacida.
¡A tierra! Y pues también de ella he de irme
que aborde la otra costa prometida.

XXVII

ESPEJO DE SERENIDAD

Henchido el mar de fuerza sonriente
el joven siempre, eternamente ufano,
ríe a Saturno, el sarmentoso anciano,
con el terso semblante adolescente.

Vanguardia de la tierra, va a su frente
la breve arena contra el ancho océano
¿cómo te atreves, carcelero vano,
a clamar contra el libre mar: detente?

Respirando sus hondas contra el techo
ciñe la playa, en un abrazo estrecho;
ni un movimiento de rebelde inicia.

Acepta, voluntarias, sus cadenas,
y responde a las débiles arenas
con ademán de una gentil caricia.

IV

LLAMA ROMANCE

EN EL CENTRO DE LA MESETA

Seca tierra, tierra prócer,
que encubres huesos de reyes
entre boscajes adustos
y eres ademán solemne
que España, en aire de cima,
hace al Norte y al Poniente
a Oriente y a Mediodía,
desde el Pirineo viene
mi alma, que es, bajo tus nubes
espiga de hierba verde.

* * *

Voy desde el alba casta, por los campos y parques
rompiendo la argentina claridad de Velázquez.
¡Fuyentes y divinos cielos en Madrid arden!
Lo mismo que de un cuadro, de las verduras reales
parece han de asomar, en cazador talante,
los Felipes, los Carlos y los rubios Infantes.
Mas no es así, que al son de un pianillo, ya salen
chula y chulo, a oficiar liturgia de compases,
cimbreándose del pie a los ojos vivaces.
¡Pueblo viejo, goyesco y cortesano, salve!

Voy detrás de los pífanos y de las alabardas,
que, como a Cortes de Toro y de León pasan
por la Plaza de Oriente: reliquias castellanas.
Junto a Felipe IV que en los aires cabalga
saludo, Rey tras Rey, el cortejo de estatuas:
¡cómo en la luz reflujen los solemnes fantasmas!
Cada uno un ademán inconfundible traza:
Uno a Occidente apunta, otro a Oriente señala,
uno sonríe, el otro su semblante aborrasca:
señas que abrieron rumbos, por siglos, a la raza.

Voy a la encrucijada secular de provincias:
¡Puerta del Sol, cada uno, un poco trae encima
del polvo de su suelo y aquí, al fin, se unifican
Aragón y Valencia, Vizcaya, Andalucía!
Voy a tu Mausoleo, la coronada Villa:
Plaza Mayor, la concha de la ciudad vacía:
Moisés a la gineta, que llamó aguas de vida,
nuestro tercer Felipe el gran reposo mira:
solemne es su apostura; austriacas torrecillas,
en lo alto; nada suena só las arcadas frías.

* * *

Garganta de millones de pechos que por ti hablan,
timonela, en el puente del bajel que es España,
llavera de mil suelos, Madrid, la capitana.
Los que por las roqueñas alturas pirenáicas
manantial fuimos, contra el moro, de la casta,
los que tuvieron Cortes donde el sol se levanta,
los del Aragón blanco y la verde Navarra,
los que só un alminar del cielo de Granada
rendíanse al sultán, de paso hacia el Alcázar,
vinimos a la sombra que de tus muros baja.

¡Guadarrama que ciñes todas nuestras coronas
y mandas en las tierras hasta que el mar las moja,
pedimos que nos traces un rumbo con tu sombra!
Cuando se alzaban Burgos, Toledo, Zaragoza,
en reinos que una torre veía a la redonda,
los españoles pechos cundieron como proas.
¿Hacia dónde, en el mundo vamos, por cuál derrota!
Allá en su plinto, al aire, Felipe IV asoma
trotando entre los árboles de esmeraldinas copas:
—Caudillo real, Señor de la raza española,
que, como en un Pegaso vuelas cielos de gloria,
¿a dónde vas, a dónde el alazán galopa,
para que miles de hombres marchen tras de su cola?
¡Con tus ojos no ves futuro: a nada trotas!
¡Brinco bello y vacío como una ceremonia!

* * *

¿Qué se hizo de Don Juan II y los Infantes?
¿Qué se hizo de la sabia Corte jardín del árabe?
¿Qué queda de Medina fastuosa de magnates?
¡Quedas tú, tú, este poco espíritu que arde
en los pechos hispanos, tú, la llama romance!
Mayestáticos huesos, osamentas reales
¿quién al fénix levanta del lecho de pavesas?
almas de fuego y bocas de niño, los poetas.
¡Lazarillos de pueblos guiad la raza ciega!
Hacedla ver que España es una nave quieta,
que entre los continentes las espumas la cercan;
hacedla ver que es África, Europa, Asia y América:
que occidentales bronces tañen en las iglesias,
que hondos silencios árabes en nuestros patios sueñan,
y que de un mundo atlántico el aroma nos llega.

Mostrad la fina espada de Boabdil, la cota
del Hiperbóreo godo, las indianas canoas,
mostrad del Guadarrama a donde el mar las moja,
almejadas de montes, las tierras españolas,
patios de fortaleza en medio de las olas,
en las que el caballero de Occidente arrebola
la luz que puso un día sobre sus piedras Roma.

* * *

Manda, capitana, manda,
que aguardamos tus infantes:
Manda a la selva de torres
de toda España que canten:
Incendia, incendia en las cimas,
claras hogueras romances,
pues en tu puño la llama
de miles pechos, arde.

ANCIANA CASTILLA

No llorad, barcinos llanos por Padilla
Bravo, ni sus comuneros.
Tú no eres Egipto, la anciana Castilla.

No has muerto. tú vives. Ama tu corona
—¡salud, los alabarderos!—
tras el mar, tu hacienda de pueblos, sazona.

Ve. Tus libertades tienen centinela,
en tus nietos, comuneros
de Argentina, Méjico, Chile y Venezuela.

LOS ASCETAS

Castilla, la Tebaida ardiente.
Con el sayal de penitente
y el cordón pío, en la cintura,
seres de brasa, almas de fuego,
moran el místico sosiego,
vueltos los rostros a la altura.

Huyendo lo dulce y lo tierno
se hunde, audaces en lo eterno,
sin esposa, madre, ni hermana.
Narran las caras de la luna,
los astros de la noche bruna,
la grandeza de Dios arcana.

De la paz de las almas bellas
y armonía de las estrellas,
Cristo armonioso es el agente.
El orden del mundo previsto
es Cristo, Cristo, Cristo, Cristo.
Castilla, la Tebaida ardiente.

LOS CONQUISTADORES

El coraje del aguilucho,
tras de andar mucho y de ver mucho,
tallaban, abrazo, su hazaña,
que aquí era Méjico, allá Lima,
tintos en sangre daban cima
al sumar otra tierra a España.

A proa de los bergantines,
en las piedras de los fortines,
se dibujaba su silueta.
Incógnitas constelaciones
hechizaban sus corazones
decorando al cielo violeta.

Debajo de su marcial lona
soñaban con una corona,
a par de una India en el tenducho.
Un caballo junto a la entrada.
Contigua al lecho, hay una espada.
El coraje del aguilucho.

LOS INCAS

El ingenuo mundo de las Indias, antes
del suelo real español.
Un Palacio en pórfido, con oro y diamantes.

Cubiertos de pieles y en la frente plumas,
de refulgencia tornasol.
Los indios: sus dientes, lucen como espumas.

El supremo alcázar, só el azul que abrasa,
como llama de alcohol.
Se abandona. El pueblo, por delante pasa.

Del Inca difunto, Atahualpacol,
«que ha sido llamado a casa
desde las mansiones de su padre, el Sol».

EL DORADO
(1542)

Presto al desembarco, la popa reclina
el bergantín en la playa,
só el alba que tiñe toda la marina.

El aventurero piensa en un costado:
«Mi suerte quiere que vaya
al país que mana perlas, El Dorado.

No bien tenga mi oro, cruzaré el océano,
Haré mi casa en Vizcaya,
frente al mar y oiré viejo, todo cano:

Es del hidalgo Celaya».

LAS LANZAS

El sol del siglo diecisiete,
en la rural plaza. Copete
a la Felipe, con las pares
guías del gran mostacho tiesas:
porta el aventurero impresas,
huellas del Conde de Olivares.

Afila una vez más las guías,
y así exclama: «De aquellos días,
ved la cicatriz que me queda.
El potro de Spínola sabe
lo tuve, al dar Nassau la llave
en la gran rendición de Breda».

Toma el sombrero por el ala,
lo abate. Una huella de bala
tiene en la frente, só el copete.
Miran los mozos su gran traza.
Unas campanas en la plaza.
El sol del siglo diecisiete.

LOS HIDALGOS

Son los personajes del Creco.
De carne enjuta, el perfil seco,
levantan la mirada pía,
a un cielo de ángeles que aroma
só el Padre, el Hijo, la paloma,
nuestra dulce Madre María.

Habitando sobrias callejas,
en su muro las piedras viejas
de armas, son pura filigrana.
Cascabel con sus perdigones,
por dentro de sus corazones
repica la honra castellana.

Sobre la ropa negra brilla
la púrpura de la espadilla
de Santiago. Resuena un eco
del armonium. En sus moradas
rezan las damas enlutadas.
Son los personajes del Greco.

LOS CUATRO RUMBOS

Encrucijada de mundos, la España de nuestros lares
es como la centinela
entre cuatro continentes, con rumbos a cuatro mares.

Del Norte nos vino el fuego de la hoguera de Occidente;
del Este trajo la vela,
—Fenicia, Grecia, Damasco— aquel rosa del naciente.

Del Sur, avivó las llamas el moro. Al Oeste extremo
—¡América, carabela!—,
pasó la antorcha. Y España la vió con gesto supremo.

SUEÑOS DE ESPAÑA

I

El vagabundo.

¿De dónde son las torres que se alzan como tallos
en la aurora, que rasgan las voces de los gallos?

El pastor.

De Avila, de la puebla de muros antañeros,
la ciudad de Teresa y de los caballeros.

El vagabundo.

Bajel de piedra, hendiendo los cielos de turquesa,
sobre el que nubes velas del azul de Teresa,
sugieren travesías de un galeón del sueño.
¡Gran mar de aire, Castilla del que Avila es un leño!
Ulisea mi espíritu el mar del misticismo.
Toma esta llama diáfana y guárdala en ti mismo.
Sobre la gris ceniza de Ávila la ermitaña
¡suena el sueño de muerte del corazón de España!

II

El vagabundo.

¿Qué flechas se disparan verticales de anhelo
como para clavarse en los flancos del cielo?

El labrador.

Las de Burgos, que manda a las tierras de moros
el Cid con sus hidalgos valientes como toros.

El vagabundo.

Claro y recio fortín, almenas y campanas,
por cuyas puertas godas, a vías valencianas
marchó el Cid, con sus barbas bellas de padre río.
Desbordaron tus cubos de castellano brío,
ciudad que entre las piedras eres guardián del hierro
que arrojó la morisma al mar, de cerro en cerro
prenda del mío Cid una chispa en tu entraña:
¡Sueña el sueño de fuerza del corazón de España!

III

El vagabundo.

¿Qué divino alminar campanea en el oro
del sol, así el espíritu de algún converso moro?

El barquero.

La dorada Giralda de Sevilla que sube
al azul, que conoce apenas una nube.

El vagabundo.

Harén del Occidente con cálices pupilas
que un amor sarraceno y cristiano destilas
llenas, con las puras turgencias de la copa,
de imperial mujeres los tablados de Europa.
Jardines de rubí, de amatista y topacio,
joyeles vegetales en estuches de espacio.
En esta transparencia que al universo baña,
¡sueña el sueño de gracia del corazón de España!

LA PASIONARIA

Son cual maganas tuberosas
como flores prodigiosas
las almas de las edades.

Así vienes a mi vista,
la adormidera budista
de Benarés, y me invades,

con tu olor, el nardo moro;
Egipto es girasol de oro
en la cripta funeraria.

Francia rosa femenina,
lirio Italia florentina,
y España la pasionaria.

CAMPOSENA

Debajo el gris de Vizcaya
mi caserón atalaya
el mar Cántabro, hecho ría.

De él emprendían derrota
las naves de nuestra flota
a Indias y a la Andalucía.

Montañés alero; perta
toledana; vasca huerta
que desbordas a un patio moro.

¡Al Sur te mezcla el destino!
debajo del gris vizcaíno
Brillan mis naranjos de oro.

CENIZAS DE TRUEBA

Bilbao te llevó en hombros
por las rúas romances
en que vagaste, campesino.

Fluían cielos lácteos, suaves
sobre el país de nueces, verde
Escitia de montañas y árboles.

Mojando
los helechos del valle,
viniste a la ciudad, con llanto,
al desbordar el cielo de los padres.

Aromaban tu veste aldeana,
los membrillos de rosas carnes,
tu voz, la voz de los más simples,
tu corazón el de Vizcaya afable,
tu lengua
la nuestra, de los nobles y las mares.

* * *

Fuiste a la Corte
cabizvuelto al Cantábrico, por Castilla adelante.
Y en tantos años, dos, diez, quince, veinte,
cerrándote a las luces de Velázquez,
traías, preso en las pestañas,
tu norte de amatistas vegetales.

Soñando con albogues y panderas,
fiel al rumor de tus aires,
buscabas, lejos del Madrid galano,
por domingueros arrabales
en las verbenas a las romerías
y en un mundo de barrio la provincia distante.
Entonces, tu alma comarcana,
latió con los simples aparte:
el soldado, los pobres y la niña
que, entre albahacas, luce en los cristales.
Cuando la fama fue tu amiga,
no la pediste nombre de magnate
con qué entrar en tu suelo, sino el dulce
«*Antón el de los cantares*».

* * *

Tornabas sin Cultura, con pies mansos
de anteiglesia, los de tus mocedades.
A fin de alargar la estancia,
elegiste morada durable:
La tumba. Y para siempre
duermes en medio de los valles.

¡Ermitas y cascadas y peñascos
la arcadia de los robles forales,
el mundo que no muerde la manzana
a la sombra que el campanario esparce,
el campo, por la gracia de Castilla,
se espejeó en tu regato de lenguaje!

* * *

Antón dictor, tus voces
vuelan todos los aires.

En tu puño ardió el bucle
de la llama romance.

Bilbao te guarda, cuyas quillas
aran todos los mares.

LA CASA DE AUSTRIA

Testas de sajón trigo, ojos de azul de cielo,
carnes de insigne albura que anegó el terciopelo,
monjiles, delicadas y enérgicas siluetas,
vidas que heroizaron tambores y trompetas,
nobles señores godos del mediodía, en trance,
de amar los claros libros de la piedad romance,
la Castilla del alma, la Castilla abadesa,
de las adamantinas Moradas de Teresa.
La llama de valientes y píos infanzones,
el fuego que abrasaba cientos de corazones,
de este pueblo moreno y fogoso y cristiano,
lo empuñásteis, sajones, con aguileña mano.
Las damas, a menudo, perfilaron sus faces
ovaladas, con tocas de místicos disfraces.
Los varones del ancha y la arrogante traza
profesaban en su alma la Religión de raza.
El orgullo del pueblo de su Imperio, de suerte
que sobre él suspendieron más alta que la muerte,
la fe nueva de aunar al disparo universo,
en el ritmo católico, a la imagen de un verso.
Por años, hasta el último arrebol de la gloria,
cuando las densas sombras anochecen la Historia,
—oh, Carlos con las manos de porcelana Sevres,
oh Rey, cuyos cabellos peinaban los orfebres—,
allende nuestros montes y allende nuestras olas
el mundo fue una selva de lanzas españolas.

LA CASA DE BORBON

Grandes nobles, oriundos de la verde Navarra,
magníficos vivientes, de epicúrea y bizarra
traza, con grosezuelos labios, degustadores
de vinos, y narices ciclópeas, de señores,
que desde aquellos doctos jardines de la Francia,
llenos de surtidores, idilios y elegancia,
a este país de luto hidalgo y la mantilla,
vinistéis por los sobrios guijarros de Castilla.
Tacones rojos, medias blancas, con casaquines
de seda, los castizos nietos de los delfines,
esparcían ambiente de leve cortesía,
la gracia gala de nuestra raza del Mediodía.
La dulzura erudita de su decir galano,
y el matiz, só el furor de este sol africano.
A veces, vuestras damas enfermaban de pena
de sentirse tan lejos de aquella tierra buena
para el dulce deporte del niño ceguezuelo
la blanda Isla de Francia, bajo el austero cielo
de España teológica. En Castilla que vive
para la Eternidad, el granito se exhibe
como sayal de asceta contra las tentaciones.
Pero la luz del siglo prendió en los corazones.
A través las siluetas de tus Reyes y damas
como a través de múltiples y perfumadas ramas,
sobre España, por medio de sus casas y calles
dilataron su aroma las rosas de Versalles.

I

TROMPETAS

En la rúa de vidas ciegas, mansas y quietas,
incorporan el sueño del honor las trompetas.
¡Allá van los soldados! La herencia luminosa
de los antecesores se ilumina de rosa,
al paso del valiente brillar de los metales.
La procesión armada transcurre, con iguales
y rítmicas pisadas, por las losas de fuego
de la ciudad. Los cobres embriagan el sosiego.
¡Filas de azul y púrpura juveniles! ¡Ringleras
de carne moza! ¡Llamas claras de las banderas!
¿Vaciláis? ¿Vuestras fibras, ya no os vibran tensas
como en vuestro gran siglo, para vengar ofensas?
Aspiro a ver llamear la fe en vuestras pupilas:
yo querría infundir a mi alma en vuestras filas.
Vuestras cornetas suben al azul. ¿Los fervores
que proclaman, merecen subir a los honores?
Pulso vuestros exangües ideales; los pobres
sueños de decadencia que resuenan los cobres.
Mas, yo siento en mí el vértice de un gran sueño violento
y tras de vuestros rangos, yo os grito en el viento
imperialmente: ¡Séneca, San Ignacio, Trajano!
¡El Cid, Santa Teresa, el hidalgo Quijano!
Esa es el alma viva del cabo de Occidente,
donde España es un sueño de honor, resplandeciente,
hecho rumor heroico en cobres y poetas,
¡una misma es la voz de bardos y trompetas!

II

HORIZONTES DE ROMANCERO

Voz de púrpura y miel, la voz de las cornetas:
van al pecho las ansias del cobre, cual saetas.
Oh, cómo se despiertan los hazañosos muertos
que duermen en la sangre: con los padres despiertos,
en las venas, yo pongo mi mano en el tesoro
de hazañas de los grandes abuelos, contra el moro,
contra el indio, el hereje. Esta voz entusiasta
abre azules ventanas a las vistas de casta,
los horizontes viejos del Romancero: corre
allá, al fondo, el ginete moro contra una torre.
Desborda por su puerta de herradura, cristiana,
la gente del Cid, —hierro y fe—, la barbacana.
Los árboles de Iberia abanican hazañas;
selvas son de divinas acciones las Españas.
¡Sonad, sonad trompetas! Una atmósfera de oro
nos envuelve, al manar vuestro vino con oro,
vuestro jerez de música. Un vapor de topacio,
un dulce vidrio rubio, heroiza el espacio.
¡Sonad, sonad trompetas! Empujad corazones
a la embriaguez divina de las grandes acciones;
haced gustar, trompetas, aquel sabor ardiente
de la sangre vertida, el gran riego del frente;
hacednos ver el mundo a través de la roja
nube del heroísmo que el sudor, la congoja
la ausencia, la fatiga y hasta la muerte abraza
por dejar algo encima: el orgullo de raza.

III

SOLDADOS IDEOLOGOS

¡Místicas voces! ¡Densos ritmos de las Españas!
¡Brisa armónica, brisa perfumada de hazañas!
¡Las bellas voces dulces! Amo vuestro sonido
como el de un caracol músico, en el oído;
vuestra belleza me es ostensible en el viento.
Lo que no siente mi alma es vuestro pensamiento.
Las trompetas no son sino los melodiosos
pensamientos de un pueblo, voluntad de coloso.
Siento vuestras ideas mustias, pobres, estrechas;
el ansia no dispara por vuestra voz sus fechas.
Me doblegáis el alma trompetas españolas!
Hace años que vivimos sin heroísmo, a solas,
en este guijarroso suelo de la guitarra.
No hay otra España grande ni otra España bizarra,
en tanto la erudita alma que adora y piensa
no deje una fe viva sobre el pueblo suspensa:
La fe en la inteligencia, el sobrehumano empeño
de existir al servicio de un grande y noble sueño,
ni en tanto que no surgen las antiguas calzadas,
los soldados ideólogos, con valientes pisadas.

IV

LA HEBRA DE LUZ

La voz militar riega el alma de la masa:
¡Es la bárbara plebe, es el pueblo que pasa!
¡Rebeldías anónimas de los clarines! ¡Cesa
de gracia, larga noche popular que nos pesa
a los puros de España. Y pues que vuestro coro
tiene las voces de oro, sean ideas de oro,
las que reguéis, trompetas: regad, el clamoreo
de las grandes ideas: no buscad el solfeo
en el bestial pentagrama de nuestra muchedumbre.
¡Clamad la voz divina, recoleta en la cumbre!
Suene por vuestra boca el señorial empeño
aquel noble, aquel puro, aquel diáfano sueño,
oh, de civilizar ilustremente a España,
de afinar a la raza, la amorosa campaña
de Don Fernando sexto, y Don Carlos tercero,
en días de pelucas blancas, del antañero
sorber el rapé fuerte que picaba los ojos,
y de pasear estilo sobre tacones rojos.
Esa hebra delicada tómala entre tus manos
España sin motines, ni de sangres indianos,
y torna a fulgurar el hilo refulgente
bajo el décimotercio, Don Alfonso el prudente.
¡En armas, por el dulce Sol de la Inteligencia,
por la Luna del Alma! ¡Resonad, con violencia,
trompetas! ¡Celebrad, con vuestra algarabía,
el avance en la ruta de la sabiduría!

V

EL GRITO

¡Sonad, sonad los cobres heroicos que apenas
se nos alzó una llama de heroísmo en las venas!
Nuestra existencia es laxa, mediocre. Como aviva
el hurgón la fogata, España revivida
necesita una fe, un gran amor, un hito.
No hay salvación en tanto no suba al cielo un grito,
un grito vasto, unánime, surtidor de energía.
¡Lanzadlo vos, soldados, en la trompetería!
«¡La Cultura o la muerte!» Sed los cobres, profetas
de este grito ascendente. ¡Sonad, sonad trompetas!

I

TAMBORES

El alma habrá de ser realizada, en la gloria
de los tambores, pulso solemne de la Historia.
¡Joven de azul y rojo que, armado, vas en ruta,
garzón de esperanzados ojos, mozo recluta!

—Ante todo, contempla el azul de esos cielos
debajo de los cuales vivieron tus abuelos;
contempla esos tejados, só cuya arcilla curva
fecundarás, con gozo y tendrás una turba
de hijos y nietos; —mira, los árboles cantores.
Que abanican con manos trémulas tus amores.

Piensa, fuerte mancebo del traje azul y grana
que existe un gran dragón: que hay en la vida humana
un gran monstruo adversario que es el de la rudeza.
El cristal de la paz, con diáfana pureza,
lo quiebra y de la vida hace un inmenso escombro.

Contra eso, tienes, mozo, a tu rifle en el hombro
y al machete en el cinto: que la sangre se vierta
por el alma y que sea de la barbarie muerta.

Mira, tras de las rejas de las dulces ventanas,
asomar las morenas mozas calderonianas,
por detrás de sus hierros de rejas teologales,
a las hijas de España que, entre sus negros chales,
te asestan al pasar una mirada ardiente,
sintiendo que tú guardas al alma de Occidente.

II

LA BANDERA

¡Bandera de monarcas! ¡Pendón de grana y oro!
Pasas volando, rubio, purpúreo, entre el coro
de los recios tambores y las ébrias trompetas.
Tú eres la llamarada que trajo en tus goletas
la Imperial Roma: tienes el carmín de fogata
y el dorado del fuego. ¡Por ti se ama y se mata
emblema de las tierras del Rey Alfonso! Luces
tintas de las naranjas de patios andaluces,
los auríferos globos sobre las tapias moras.
Con sangre de cerezas, de coral te decoras.
Sabes, bandera, a sol y bocas femeninas.
Pendón de color trigo, margaritas y embrinas
¡tela auroral, flamea en la joven Historia!

¡Bandera de las tierras del Rey Alfonso, gloria!

III

LA ESTIRPE

¡Orgullo y fe, tambores! Esparcid el orgullo
y la fe, parches. Ahogue vuestra voz el murmullo
del descontento. ¡Orgullo y fe! Decid la raza
que impuso al mundo su alma y su lengua y su traza.
Que en días de los Carlos y los Felipes, era
el patrón de Occidente, su espada y su cimera,
sellando con su estilo a Viena y a Versalles.
¡Difundid el orgullo y la fe por las calles!,
¡Bajo el tendón color mirasol y amapola!

Sed el pulso de nuestra vieja estirpe española.

IV

JEREMIAS

La ciencia es la mejor espada: el saber gana
victorias. Yo deseo ver, marcando la diana
soldados empujados por ideas. Palillos
para el tambor de guerra y jocundos platillos
para la tropa, sean mis palabras. Que taña
el bronce del pasado heroico de España.
¡Desborda, gran ayer español que celebro,
en el presente, igual que las aguas del Ebro!
«¡Vuelta a los padres! ¡Vuelta a los padres!» Mirad
cómo España realiza a su alma en otra edad.
A imagen de los muertos, debajo el sol de gloria
queremos esculpir la grandeza en la Historia.
Mas tú, mi raza mustia, raza sin voliciones,
que lates sin orgullo postrados corazones,
en Burgos de las claras agujas campaneras,
en Sevilla con rojos buques en la ribera,
como en San Sebastián, junto a la piedra pía
del párrafo barroco que es su Santa María,
tú pasas, en las filas azules de la tropa,
mustia raza, mi raza vuelta de espalda a Europa.
Como río que, al curso, deja en la orilla cuajos
de espuma, así en el alma me deja espumarajos
de abatimiento el tránsito del azul miliciano.
¡Si os pudiera dar el alma de Trajano,
de Séneca, y del casto Ignacio de Loyola!

¡Si os pudiera dar la virtud española!
Un alma vácua, un alma tullida de ignorancia
se transparenta, bajo vuestra indocta arrogancia.
¿Pecásteis, las mujeres? ¿Prevaricáis, varones?
¡Alumbrad, las ideas, lámparas corazones!
En tinieblas, ensalzo mi clamor cotidiano,
sobre ceniza, augur, jerusalemitano.

V

CANCIONES

En vosotras, canciones cuarteleras, se hermana
el hijo de la oceánica meseta castellana
con el de las romances montañas de amatista
de Santander, —montañas de la sublime vista;
el hijo de la ibera corriente de la Rioja
con el que, entre naranjos, el Guadalquivir moja;
el mancebo de Asturias, resonando almadreñas,
sobre las praderías de las hierbas sedeñas;
el del litoral griego de Levante, con bayas
arenas, llama blanca de las sensuales playas;
el de las mares vascas, rotas só un lácteo cielo,
que encubre a un virgiliano rincón de terciopelo,
con el de los olivos densos en la llanura
que acopan los solares pastos de Extremadura.
¡Unidad de tonadas! ¡Programa de canciones!
¡Verted uno en el otro, locales corazones,
vuestra esencia, hasta haced la fragancia española.
¡Que no deje de dar su alma, una tierra sola!
El olor de azahar andaluz, se difunda
hasta el verdín norteño, de alma meditabunda
y el estribillo vago de la humedad norteña
Enjoye de rocíos el azahar que sueña.

VI

LA RECOMPENSA

La paz del monte. A sombra de un nogal que ventea
la mar, está el soldado narrando su odisea,
a una blanca, rosada moza: «Marchó mi banda
con tonadas de nuestros montes, como Dios manda,
en los labios, un día de sol por el camino».

Antes de ir contra el moro, fue nuestro buen destino,
pasar con músicas —pí, pí, y entre banderas
por la Plaza Real, desde cuyas aceras
nos aclamó el gentío, al ir frente al Palacio
de Oriente. Las cornetas llenaban el espacio
con los himnos de nuestras montañas de amatista.
Muy al fondo, el nevado Guadarrama a la vista.

Frente al alcázar regio, como huesos de peces
nítidos, sosteniendo algún pájaro a veces,
las estatuas de antiguos monarcas, só la copa
de un árbol, contemplaban el paso de la tropa.
Uno abría ojos de águila; el otro su semblante
fruncía; éste era tímido junto a aquél arrogante:
Con tales ademanes que eterniza la Plaza,
los Reyes, dieron rumbo por siglos, a mi raza.

Estos eran los Reyes de los padres. El mío
foco de innumerables miradas del gentío,
miraba nuestro paso, con músicas, sonoro...
a sus pies, yo iba, ¡oh siglos! a luchar contra el moro».

Entonces, al rumor de aquel nogal espeso
se sumó otro chasquido imperceptible: un beso.

LLAMA ROMANCE

No quiero que mi amor se evapore en palabras.
Quiero que a las fructuosas voces el pecho me abras
para que hasta ese dulce corazón tuyo avance,
a encenderlo en el fuego de mi llama romance.
Esta llama que esparce dulzura y cortesía,
viene de lejos. Águila de lumbre latió, un día
sobre los rancios muros de Roma. Pero antaño
en la Grecia azulada y en el Egipto extraño,
cruzó el cielo el dorado Pentecostés que brilla
sobre los ardorosos guijarros de Castilla.
¡España, parecida a la llama! En tu fuego
el Palatino itálico se une al Olimpo griego.
Mas, sobre todo, el dardo de claror de tu hoguera
debajo de la ropa hidalga y la gorguera,
en ígneos corazones de santos, de señores,
de artistas, de prelados y de conquistadores,
latió sus más ardientes y altos minutos. Vasos
de tu luz, las Teresas, Grecos y Garcilasos;
lámparas de Loyolas del encendido seno
y Tenorio el converso y Don Alonso el Bueno.
La purpúrea y dorada flámula; la adversaria
de la oscuridad rústica, bárbara; luminaria
de los bordes de Europa al África. ¡Esa llama
asoleada y sangrienta, que mi corazón ama,
se yergue, entre las armas, con sus tintas de hoguera...
¡Ave, llama de amor que pasas, mi bandera!

INDICE

	Página
PROLOGO	7
PRELUDIO	11
La substancia suprema	13
El erudito	14
Bizantinismo	15
El ave azul	16
El provecho	17
I. Pirineo Musageta	19
Pirineo Musageta	21
I. Eusqueldún	23
II. Escitia	24
III. Sileno	25
IV. Hércules	26
V. Las hogueras del alma	27
VI. La llama de honra	28
VII. Humanidad azul	29
VIII. El viento visir	30
IX. Los pájaros de luz	31
X. Danza	32

Página

II. Numen romano 33

La obra 35
En el puente Milvio 37
Foro Trajano 39
Campo de vacas 41
Júbilo en el Palatino 42
Las voces 43
El descenso de los signos 47
El clamor palatino 49
En el ara, al dios desconocido 51
Cantiga de Capri 52
Amor romano 54

III. Sonetos del Lacio 57

I. Renuevo 59
II. Voto 60
III. Nomadismo 61
IV. Confirmación 62
V. El sino 63
VI. Minerva 64
VII. Ocaso de Roma 65
XII. Dirección crepuscular 66
XIII. Desnudez 67
XIV. Medida 68
XV. Humildad 69
XVI. Suspiro 70
XVII. Las preferencias 71
XVIII. Recuerdo bárbaro 72
XIX. Mar 73
XX. Sobre la arena fúnebre 74
XXI. Respeto 75
XXII. Titubeo 76
XXIII. La caña viva 77
XXIV. La entrega 78
XXV. Mediodía 79
XXVI. La fuga 80
XXVII. Espejo de serenidad 81

Página

V. Llama romance 83

En el centro de la meseta 85
Anciana Castilla 89
Los ascetas 90
Los conquistadores 91
Los incas 92
El Dorado 93
Las lanzas 94
Los hidalgos 95
Los cuatro rumbos 97
Sueños de España 99
La pasionaria 102
Camposena 103
Cenizas de Trueba 104
La Casa de Austria 107
La Casa de Borbón 108
I. Trompetas 109
II. Horizontes de romancero 110
III. Soldados ideólogos 111
IV. La hebra de luz 112
V. El grito 113

I. Tambores 114
II. La bandera 115
III. La estirpe 116
IV. Jeremías 117
V. Canciones 119
VI. La recompensa 120
Llama romance 121